

franceses de nota cuando hablan de los maestros en cuyo estudio aprendieron, un respeto, un cariño y una gratitud que no solemos ver entre nosotros.

Desde sus primeras defensas se dió á conocer Clery por una vehemencia un tanto agresiva y por ser muy personal en sus discursos. Dice y sostiene que la elocuencia no seria digna de su gran poder, si no fuese más que un mero juego, un esfuerzo del espíritu, y si el hombre no se revelase en ella tal como es, con sus pasiones y sus sentimientos, y ha seguido siempre el consejo del orador griego respecto á que las personalidades constituyen una parte muy principal y de que puede sacar gran partido la oratoria, especialmente en Estrados.

Clery no se ha dejado nunca avasallar por los magistrados ó presidentes de los Tribunales, haciendo respetar siempre el papel y la mision del abogado. Defendia uno de los primeros asuntos en que intervino: interrumpióle el presidente, que era sin duda de los que cobran su sueldo y pasan el tiempo mirando el reló y juzgan del mérito de la defensa por su brevedad, y le dijo: «Abrevie el letrado.» Contestó éste inmediatamente: «Voy á hacerlo, señor presidente; mi defendido tiene razon: el contrario no: el Tribunal es justo; que falle.»

En otra ocasion en el Tribunal de Assises, defendiendo una causa en el Jurado, el abogado fiscal hubo de reirse. «Yo no sabia, exclamó Clery, que lo que estoy diciendo fuese tan ridículo.»—«Dispense el letrado, advirtió el fiscal; no me rio de lo que acaba de decir.»—«Pues tampoco creí, insistió Clery, que yo mismo fuese tan ridículo, ni el cargo que el fiscal desempeña tan dado á lo jocoso.»

En otro asunto exigió el Tribunal que comenzase una defensa larga y delicada cuando no quedaba más que un cuarto de hora de audiencia: Clery se resistió, haciendo observar al presidente la inconveniencia de dividir de ese modo el discurso, y pidió que suspendiese la vista. Como insistiese el presidente, el abogado repuso: «Informar es imposible, mejor que yo lo sabe el Tribunal; contaré una historia ó leeré un periódico si se me obliga.»

Como rasgo ingenioso, cuenta su pasante Félix Herbet que en un dia de rigoroso invierno informaba Clery ante el Tribunal de Rambouillet, muy mal instalado en un salon en que hacia un frio glacial. Una pequeña estufa situada detrás del Tribunal caldeaba á los magistrados; uno de ellos, con esa esquisita cortesía que distingue á muchos de la clase, hizo un cuarto de conversion y arrimó los piés al calor de la estufa. Los demás siguieron su ejemplo, y poco á poco concluyeron por volver la espalda al público y al abogado. Este, sin desconcertarse, continuó su defensa, diciendo: «El Tribunal, detrás

